

la pintura de michele mulas

jorge eielson

colores

¿Qué es el color? En una pintura —esto es, fuera de su definición científica— el color es aquella energía primordial que, según su mayor o menor intensidad, nos provoca las vibraciones interiores a través de los canales ópticos. Ahora bien, en Michele Mulas el color es todo, y al mismo tiempo nada. Hay en sus últimos *bichromos*, como él les llama, un color que aparece, que se muestra, que se vuelve forma; y otro, sutil, secreto, que apenas se entrevé. Pero es este último el verdadero color, aquel que decide la vida o la muerte de la obra. Aquello que la ilumina y, al mismo tiempo, la amenaza como una tempestad al cielo sereno, como un sistema nervioso distendido y sosegado, que después sería aquél del artista. Color-luz que se asoma entre las hojas de una selva interior, dentro de la cual se consume cada día, a cada ocaso, a cada noche, el misterio de la vida y de la muerte.

forma

¿Qué es la forma? ¿Algo que define los límites de la materia? ¿El *logos* aristotélico sin el cual el universo entero —nosotros comprendidos— no sería sino caos? Nada de esto. Las matemáticas contemporáneas, y la escuela del pensamiento que de ella deriva —con René Thom a la cabeza— nos sugieren que, poco más o menos, la forma es hija del caos, y viceversa. En otras palabras, aquello que llamamos caos no es más que nuestra pobreza humana, que no nos permite más que una visión parcial de un orden superior. Aun antes, la mirada pura del artista, en este caso Michele —amigo noble y fraterno— sintetiza con extrema naturaleza esta doble cara de la realidad. En efecto, sus elementos formales —siempre los mismos de algunos años a esta parte— conforman un universo al límite de la matemática, pero se detienen allí donde el número, la cifra, es todavía una entidad vital que recorre, como en las células de la piel, generando otra vida y dando

lugar a una red de elementos rigurosos pero fluctuantes, necesarios pero aleatorios.

espacio

¿Qué es el espacio? Lejanos como estamos del ingenuo *éter* de la mecánica newtoniana, nietos de Einstein y, sobretodo, de Planck, ¿qué cosa es hoy el espacio para nosotros? La respuesta es inesperada como la solución de un *koan zen*: el espacio simplemente no existe. O también: el espacio es todo, incluso los objetos llamados sólidos, que en verdad no son mas que espacio exaltado, vórtices de una *materia* que ni siquiera existe. Existe sólo cuando el espacio se desliza, se desplaza vertiginosamente en su frenética danza, en su incesante interaccionar, que lo ve protagonista de inconmensurables distancias intergalácticas y, simultáneamente, de inconcebibles abismos sub-nucleares. A nuestros ojos humanos, de todos modos, como lo fue para el viejo Newton, el espacio se presenta como algo de vacío, mientras que para los ojos de la mente —como lo fue para Heisenberg— el espacio es por siempre una entidad abstracta, un territorio cuántico que no se puede recorrer nunca, ni siquiera con la inteligencia. Y he aquí el arte que nos viene al encuentro nuevamente. Aquí está cómo, en las exploraciones visuales de Michele, el espacio se vuelve forma, y la forma espacio. Aquí, diríase, basta cambiar la palabra espacio por energía, la palabra forma por materia, y el juego está hecho. Aún más, la máquina del lenguaje nos ayuda a pasar la frontera invisible que separa al arte de la naturaleza, la creación de una obra de arte de la creación *tout court*.

luz

¿Cuál es pues la naturaleza profunda de esta inestable dualidad? ¿Qué es lo que separa los *ladrillos fundamentales* de este muro infinito, y qué es lo que los mantiene juntos? ¿Sobre qué se sostiene esta construcción que —en el caso de Michele— proviene quizás de sus antepasados, eternos constructores de muros de piedra, fragmentos de un laberinto mediterráneo nunca terminado? Materiales sin tiempo que reaparecen en las manos del artista, transformados en superficies puras de color, mantenidas junto a

aquella argamasa suprema que es la luz. Luz solar y luz lunar, foco encendido detrás de la selva terrestre como una misteriosa, remota incandescencia. Pero no es todo, y está aquí el prodigio del arte: estas obras son también el punto de encuentro entre pasado y presente, entre lo pasajero y lo eterno, entre el azar y la necesidad, entre historia (las *raíces* del artista) y meta-historia (la espiritualidad, la cultura del artista) que, mezclándose, dan origen a esta estructura primordial que requieren otras estructuras primordiales, como por ejemplo aquellas precolombinas (de las cuales Michele es admirador apasionado, como lo fueron otros artistas occidentales entre ellos Miró, Klee, Picasso, Matta, Calder, Torres Garcia, hasta Keith Haring). Así, esta albañilería de luz y color deviene también en el emblema de una humanidad más armoniosa, porque consciente de aquello que la une —precisamente, la luz, el amor que suelda sus partes— está más orgullosa de su variedad, que va a paso parejo con la fascinante, rica, insuprimible variedad del universo.

apostilla

Deliberadamente he evitado, en estos breves apuntes, alguna referencia a las debatibles tendencias del momento, con las cuales se podría relacionar el trabajo de nuestro artista. Neo-conceptuales o neo-ópticas, o como quiera llamárseles, ellas portan consigo —aunque a veces con extrema habilidad— un olor de producto reciclado, vaciado de contenido, casi de alto *modernariato*. La paradoja a subrayar es que, aunque estos jóvenes, embarcados en un general *retorno al orden* acusan casi todos un preocupante cansancio, el trabajo de Michele Mulas en cambio —artista de la generación del medio— aparece hoy verdaderamente joven, fresco y con muchas posibilidades de futuros desarrollos, a pesar de su actual plenitud.

en: *Michele Mulas. La foresta interiore*. Catálogo,
Brescia, Studio f.22, 1992.
Traducción de Gabriela Germaná.

LA PITTURA DI MICHELE MULAS*

Jorge Eielson

colori

Che cos'è il colore? In un dipinto – cioè al di fuori della sua definizione scientifica – il colore è quell'energia primordiale che, a seconda della sua maggiore o minore intensità, ci provoca delle vibrazioni interiori attraverso i canali ottici. Ebbene, in Michele Mulas il colore è tutto, e allo stesso tempo nulla. C'è nei suoi ultimi bichromi, come li chiama lui, un colore che appare, che si mostra, che diventa forma; ed un altro sottile, segreto, che appena s'intravede. Ma è quest'ultimo il vero colore, quello che decide la vita o la morte dell'opera. Quello che la illumina e, allo stesso tempo, la minaccia come una tempesta a ciel sereno, come un disteso, quieto sistema nervoso, che poi sarebbe quello dell'artista. Colore-luce che si affaccia tra le foglie di una foresta interiore, entro la quale si consuma ad ogni giorno, ad ogni tramonto, ad ogni notte, il mistero della vita e della morte.

forma

Che cos'è la forma? Qualcosa che definisce i limiti della materia? Il logos aristotelico senza il quale l'intero universo – noi compresi – non sarebbe che caos? Niente di tutto questo. Le matematiche contemporanee, e la scuola di pensiero che ne deriva – con René Thom in testa – ci suggeriscono che, supergìù, la forma è figlia del caos, e viceversa. In altre parole, ciò che chiamiamo caos, non è che la nostra umana pochezza, che non ci permette che una visione parziale d'un ordine superiore. Ancora una volta, lo sguardo puro dell'artista, in questo caso Michele – amico nobile e fraterno – sintetizza con estrema naturalezza questa doppia faccia della realtà. In effetti, i suoi elementi formali, - sempre quelli da diversi anni a questa parte – conformano un universo al limite della matematica, ma si fermano lì dove il numero, la cifra è ancora un'entità vitale che scorre, come nelle cellule della pelle, generando altra vita e dando luogo ad una rete di elementi rigorosi ma fluttuanti, necessari ma aleatori.

spazio

Che cos'è lo spazio? Lontani come siamo dall'ingenuo etere della meccanica newtoniana, nipotini di Einstein e, soprattutto, di Planck, che cos'è oggi lo spazio per noi? La risposta è inaspettata come la soluzione di un koan zen: lo spazio semplicemente non esiste. O anche: lo spazio è tutto, inclusi gli oggetti cosiddetti solidi, che in verità non sono che spazio impazzito, vortici di una materia che neanche esiste. Esiste soltanto quando lo spazio slitta, si sposta vertiginosamente nella sua frenetica danza, nel suo incessante interagire, che lo vede protagonista d'incommensurabili distanze intergalattiche e, simultaneamente, d'inconcepibili abissi sub-nucleari. Ai nostri occhi umani, comunque, come lo fu per il vecchio Newton, lo spazio si presenta come qualcosa di vuoto, mentre che per gli occhi della mente – come lo fu per Meinsenberg – lo spazio è pur sempre un'entità astratta, un territorio quantico che non si può percorrere mai, nemmeno con l'intelligenza. Ed ecco l'arte che ci viene incontro di nuovo. Ecco come, nell'esplorazione visuale di Michele, lo spazio diventa forma, e la forma spazio. Ecco, come dire, basta cambiare la parola spazio per energia, la parola forma per materia, ed il gioco è fatto. Ancora una volta, la macchina del linguaggio ci aiuta a passare la frontiera invisibile che separa l'arte dalla natura, la creazione di un'opera d'arte, dalla creazione tout court.

luce

Qual'è dunque la natura profonda di questa instabile dualità? Che cosa separa i mattoni fondamentali di questo muro infinito, e che cosa li tiene insieme? Su che cosa si regge questa costruzione che – nel caso di Michele – proviene forse dai suoi antenati, eterni costruttori di muri di pietra, frammenti di un labirinto mediterraneo mai ultimato? Materiali senza tempo che ricompaiono nelle mani dell'artista, trasformati in pure superfici di colore, tenute insieme da quella malta suprema che è la luce. Luce solare e luce lunare, focolaio acceso dietro la foresta terrestre come una misteriosa, remota incandescenza. Ma non è tutto, ed è qui il prodigio dell'arte: queste opere sono anche il punto d'incontro tra passato e presente, tra il passeggero e l'eterno, tra il caso e la necessità, tra historia (le radici dell'artista) che, mescolandosi, danno origine a queste strutture primordiali, che riecheggiano altre strutture primordiali, come ad esempio quelle precolombiane (di cui Michele è

appassionato ammiratore, come lo furono altri artisti occidentali tra cui Miró, Klee, Picasso, Matta, Calder, Torres Garcia, fino a Keith Haring). Così, questa muratura di luce e colore diventa anche l'emblema di un'umanità più armoniosa, perché consapevole di ciò che la unisce – come appunto, la luce, l'amore, che salda le sue parti – e più orgogliosa della sua varietà, che va di pari passo con l'affascinante, ricca, insopprimibile varietà del creato.

postilla

Deliberatamente ho evitato, in questi brevi, appunti, ogni riferimento alle dibattute tendenze del momento, alle quali si potrebbe riallacciare il lavoro del nostro artista. Neo-concettuali o neo-ottiche, o come si voglia chiamarle, esse portano con se – anche se a volte con estrema abilità – un odore di prodotto riciclato, svuotato di contenuto, quasi da alto modernariato. Il paradosso da sottolineare è che sebbene questi giovani, imbarcati in un generale ritorno all'ordine accusano quasi tutti una preoccupante stanchezza, il lavoro di Michele Mulas invece – artista della generazione di mezzo – appare oggi veramente giovane, fresco e ricco di futuri sviluppi, pur nella sua attuale compiutezza.

(trad. di Sara Pagnini)

* Entrambi i testi, l'originale in spagnolo e la traduzione in italiano di Sara Pagnini, si trovano nel catalogo Román Hernández & Michele Mulas – Testigo de una ausencia. Testimone di un'assenza, Edizioni del Centro Studi Jorge Eielson, Firenze, 2010, pp. 87-91.